

Juan de los Ángeles las vence con una facilidad realmente asombrosa; á pesar de no haber hecho entrar en él más que dos personas, maestro y discípulo, sabe dar tanto interés á la conversación, que el lector no puede soltar el libro de la mano; antes, poseído de una especie de encantamiento, pasa página tras página, siguiendo embebecido la serie de las preguntas y respuestas, y figurándose asistir con su presencia á aquella plática sabrosísima. En fin, quien desee ver de qué manera los grandes ascéticos españoles del siglo XVI sabían poner al alcance del común de los lectores cosas que no son comunes ni vulgares, sino que frisan con lo más alto y misterioso que encierra la Teología, lea estos DIÁLOGOS bellísimos, y al par que sentirá investirse y bañarse su alma con la luz de las ideas más grandes y sublimes, verá levantarse en su espíritu movimientos y afectos dulcísimos, y percibirá al propio tiempo algunos de los secretos de aquel arte prodigioso con que nuestros autores ascéticos lograron dar forma á los conceptos más abstractos de la mente, haciendo á su lengua esclava de su inteligencia y atando la pesadumbre de la materia á las alas sublimes del espíritu.

Esta obra, que fué la delicia y el alimento espiritual de nuestros mayores, es la que sale

hoy nuevamente al público, adornada con todos los primores del arte de la imprenta. Es cierto que la turbación de los tiempos en que vivimos y el espectáculo de las pasiones más miserables, cuyo desenfreno y estragos se nos vienen á cada momento á los ojos, no pueden ser más contrarias á la severidad de la doctrina y á la pureza y santidad de los afectos que resplandecen en el libro de Fray Juan de los Ángeles. Si atendiésemos á esto, poco podríamos esperar en el éxito de este libro; pocos habrían de recrearse en la lectura de páginas tan puras y hermosas; pero en medio de las miserias que presenciamos, es de esperar que las divinas misericordias no se han agotado. A vuelta de tantas almas sumidas en los goces de la materia y en las tinieblas del vicio y del pecado, hay seguramente otras que conocen por experiencia la muchedumbre de bienes que ni ojo vió ni sintió el oído, ni caben en la sospecha del corazón del hombre, que tiene Dios reservados á sus siervos y amadores; á éstos va dirigido este libro; ellos podrán saborear la dulzura y belleza de la doctrina encerrada en los DIÁLOGOS DE LA CONQUISTA DEL REINO DE DIOS, y sacar de su lectura grata y provechosa enseñanza.

AL MUY ALTO Y

Serenísimo Príncipe el Cardenal Alberto,
Archiduque de Austria, Legado de latere
de la Santa Sede Apostólica.

Después que torné á tomar la pluma en la
mano (muy alto y Serenísimo Príncipe), para
proseguir estos Diálogos, que de la Conquista
del Reino de Dios había comenzado, ya no
los miré como obra á solas mía, sino como tal,
que en ella tiene lo principal V. A., por ha-
berme hecho merced de su licencia y beneplá-
cito para que debajo de la protección de su
serenísimo nombre acabados, los sacase á luz,
y parece que con este favor y honra recibie-
ron nuevo ser y valor; y en ellos mismos se
verá leyéndose atentamente la postrera parte,
porque ya en ella, como calificados con la
autoridad de V. A., hacen ventaja á los que
precedieron. Pudiera muy bien ser que si con
la merced de V. A. no cobrara aliento y me
animara para publicarlos, cumpliera el in-
tento de mi cobardía, ó no acabándolos ó dete-
niéndolos sin dejarlos salir á plaza; en espe-
cial, representándoseme ser cosa notoria que
muchos leen los libros más para ser jueces de
ellos y de sus autores, que para aprovecharse

AL MUY ALTO Y

Serenísimo Príncipe el Cardenal Alberto,
Archiduque de Austria, Legado de latere
de la Santa Sede Apostólica.

*Después que torné á tomar la pluma en la
mano (muy alto y Serenísimo Príncipe), para
proseguir estos Diálogos, que de la Conquista
del Reino de Dios había comenzado, ya no
los miré como obra á solas mía, sino como tal,
que en ella tiene lo principal V. A., por ha-
berme hecho merced de su licencia y beneplá-
cito para que debajo de la protección de su
serenísimo nombre acabados, los sacase á luz;
y parece que con este favor y honra recibie-
ron nuevo ser y valor; y en ellos mismos se
verá leyéndose atentamente la postrera parte,
porque ya en ella, como calificados con la
autoridad de V. A., hacen ventaja á los que
precedieron. Pudiera muy bien ser que si con
la merced de V. A. no cobrara aliento y me
animara para publicarlos, cumpliera el in-
tento de mi cobardía, ó no acabándolos ó dete-
niéndolos sin dejarlos salir á plaza; en espe-
cial, representándoseme ser cosa notoria que
muchos leen los libros más para ser jueces de
ellos y de sus autores, que para aprovecharse*

de su doctrina; y cuando la hallan desautorizada, aun de leerla huyen, como de cosa de poco valor y crédito. Mas ahora, con el que V. A. ha sido servido de dar á la de este tratado tan extraordinariamente, dándole su aceptación, aun antes de yo darle fin, ninguno tendrá atrevimiento para reprobarla, ni para juzgar mal de mí en escribirla, ni yo tendré temor de comunicarla, no sólo á los que de lo bueno sienten bien, mas ni aun á los que acostumbran de todo decir mal. Porque de nadie será desestimado lo que fué acepto á un tan gran Príncipe de la Iglesia, tan rico de lo que la naturaleza le pudo comunicar, y de lo que con trabajosos estudios de muchos años se suele adquirir, y de lo que la divina gracia á sus muy escogidos acostumbra conceder. Lo que la de V. A. á esta obra ha concedido, la hizo ser de precio y estima para yo poderla de nuevo ofrecer. Y esto mismo casi pone obligación á V. A. para recibirla con benevolencia debajo de su amparo. De modo que el acabarse, y lo que valiere, y la aceptación que alcanzare, y la seguridad que tuviere, y cualquier bien espiritual que fructificare, todo ello se deba á V. A., como yo todo me debo.

Humilde y perpetuo siervo de V. A.,

FRAY JUAN DE LOS ANGELES.

AL LECTOR.

De tres cosas estoy obligado á dar razón en este prólogo, que han de parecer nuevas á los que leyeren esta obra, conviene á saber: del nuevo estilo de preguntas y respuestas; del nuevo título de CONQUISTA DEL REINO DE DIOS, y del orden con que procedo, hasta llegar á la quietud del recogimiento, de que trata el último de los Diálogos. A lo primero dará satisfacción considerar el oficio que de predicador tengo, aunque indigno, el cual me ha hecho deudor, no solamente de sabios, sino también de ignorantes, y me ha obligado á dar leche á los pequeñuelos en la virtud, y pan con corteza á los perfectos, y á mudar como pescador codicioso los cebos para pescar algún alma para Dios. ¿San Pablo no confiesa de sí que se hacía todas las cosas á todos por ganarlos á todos á Cristo? Pues, ¿por qué teniendo yo la misma pretensión que el Apóstol, no haré de la doctrina lo que él hacía de su persona? Si la caridad y amor divino que en su pecho ardía le obligaba á guisarse de tantas maneras para bien de sus prójimos, cuantos ellos y

sus gustos eran, cada uno como le había menester, por qué no podrá esa misma caridad diferenciar este manjar espiritual de la doctrina y guisarle de manera que sepa bien y alcance á todos? Esta ha sido la causa de ordenar en diálogos este tratado de oración y contemplación, habiendo escrito los *Triunfos del amor* en prosa suelta, para que si alguno se enfadase y cansase de leer capítulos, se recree leyendo las dudas que propone el discípulo y las resoluciones y determinaciones del maestro; que al fin la variedad alivia y entretiene en todo género de cosas, y la cuestión comenzada despierta el apetito de verla determinada y resuelta. Harto cuesta arriba se me ha hecho volver á tratar de estas materias de espíritu, visto el poco que hay en el mundo y cuán postrados y caídos están los gustos de los hombres para abrazar ejercicios de vida perfecta y del hombre interior; especialmente que desechan ya y tienen en poco lo precioso y provechoso si tiene consigo algo de dificultad. Mas por todo me ha hecho romper el deseo que en mi alma vivè del aprovechamiento de las de mis hermanos, por los cuales, como dijo San Juan, debemos poner las vidas, y deseaba una y muchas veces dar la suya San Pablo, á imitación de Aquel que por todos la dió en la cruz. Y á la verdad, la mayor de las ganancias es ganar un alma para el cielo, la cual confirma San Dionisio en el libro *De cœlesti hierarchia* por estas palabras: *Uniuscujusque hierarchiam sortientium perfectio hæc est, secundum propriam ana-*

logiam in Dei imitationem ascendere; et omnium divinissimum est Dei cooperatorem fieri, et ostendere in seipso divinam actionem relucens, secundum quod est possibile. La perfección de cualquiera que alcanzó á tener algún grado en la celestial jerarquía es subir según su capacidad y virtud á la imitación de Dios, conformándose con Él en todo lo que le pudiere parecer: por que esta similitud y conformidad vuelve amable la criatura racional y querida de su Dios; empero lo divinísimo de esta imitación y el supremo grado en la Iglesia militante es tratar de la salud de las almas y ayudar á Dios en la granjería de ellas, á donde su Majestad pone el caudal de la gracia y la diligencia y cuidado del hombre jerárquico. El cual, cuanto le fuere posible ha de mostrar la operación de Dios que en el mismo resplandece, la cual, como centella de fuego, bulle allá dentro y procura salir afuera para dar luz á todos, unas veces predicando, otras escribiendo, otras aconsejando y otras dando forma de lo que deben hacer con su buen ejemplo. Que como el fuego nunca está ocioso, porque siempre quema si halla materia en que cebarse, tampoco lo puede estar el divino amor; el cual, segun sentencia de San Gregorio, no es verdadero si cesa de obrar. Y cuando ninguno se aprovechase de nuestros trabajos, ¿quedaríamos por ventura perdidosos los que en la viña del Señor empleamos nuestros talentos? no, por cierto, sino con la misma ganancia que si hubiéramos convertido todo el mundo, si á eso se extendie-

ran nuestras diligencias y deseos. San Juan Crisóstomo dice que de la manera que los veneros de las aguas no dejan de correr aunque ninguno venga á beber de ellas, ni las fuentes ni los ríos se detienen en su curso puesto que nadie llegue á coger agua, así el predicador por ninguna vía ha de cesar de predicar y amonestar, aunque de muchos no sea bien oído. Porque esta ley tenemos impuesta por el mismo Dios los que administraremos al pueblo su palabra: Que en ningún tiempo dejemos de hacer lo que en nosotros fuere. El santo Profeta Jeremías, cuando por enseñar la verdad de parte de Dios á los hombres se veía burlado y escarnecido de ellos y amenazado de muerte, quiso con algún temor humano desistir de su oficio, y confiesa que luego que admitió este pensamiento, sintió dentro de su alma una gran fuerza del espíritu, que, como un ardiente fuego, le abrasaba las entrañas y los huesos, tanto, que no podía sufrir su ardor. Pues si con tan grandes ocasiones como el Profeta tenía para no profetizar ni enseñar á aquel terrible y duro pueblo, sólo por el pensamiento que de no hacerlo pasó por él fué tan gravemente en lo interior compungido, que sentía arder dentro de sí fuego por faltar á su obligación, ¡cuánto mayor escrúpulo debemos tener nosotros, que ni somos perseguidos, ni amenazados, ni escarnecidos como él lo era! Si porque el otro se duerme, ó no oye, ó se ríe y murmura de nuestros sermones, ¿dejaremos de predicar y enseñar, habiendo tantos que oyen y leen y reciben apro-

vechamiento? Si con echar la red en un sermón no pescáremos todos los oyentes, contentémonos con diez, contentémonos con cinco, contentémonos con uno, que éste nos basta para nuestra consolación: y demos que ninguno salga aprovechado (aunque parezca imposible que la palabra de Dios sembrada en tantos corazones deje de hacer algún provecho); digo que ni de esta manera queda frustrada nuestra esperanza; porque si después del sermón y amonestación nuestra se determinan los malos á pecar, pecan á lo ménos con remordimiento y no con la soltura y libertad que solían antes que nos oyesen; pecan como confusos y avergonzados, sufriendo interiormente reprensiones duras de sus propias conciencias, que les zahieren y ponen delante la doctrina que oyeron ó leyeron. ¿Y por ventura estos remordimientos no son principio de salud y de mudanza de vida? Quanto más, que si no ganamos á los que están perdidos, sustentamos y esforzamos á los que están ganados, que no es menor virtud que ganar de nuevo. Si no resucitamos los muertos, ni sanamos los enfermos, apoyamos los que están en pié para que no caigan, y añadimos esfuerzo á los vivos para que no mueran. Y si hoy no persuadimos, mañana persuadiremos, que no son los hombres ángeles, que de lo que una vez aprenden no vuelven atrás. ¡Cuántas veces acontece andar todo el día los pescadores lanzando las redes en el mar, sin tomar un sólo pez, y á boca de noche henchir sus barcos, y restaurar en aquella hora tanto tiempo

perdido! Si porque los oyentes no se aprovechan de los sermones y los lectores de los libros, hubiésemos de dejar de predicar y de escribir, seguiríase que en todas las granjerías de la vida se habría de hacer lo mismo. Deje el labrador de sembrar el año que viene porque no encerró pan en éste, y el mercader de navegar porque sufrió una y muchas veces tormentas, y ni habrá qué comer en la tierra ni nos servirá de nada la riqueza del mar. El labrador siembra todos los años y el mercader hace sus viajes á sus tiempos, siempre con esperanza de ganar; y ni el uno sembrando ni el otro navegando tienen más certeza de que este año les ha de suceder mejor que les sucedió el pasado. Y si en estas cosas transitorias tanta diligencia y cuidado ponen los hombres, aunque los sucesos son tan varios y mal seguros, ¿será bien que nosotros, si de todos no somos oídos y obedecidos, dejemos el trato y granjería de las almas? ¿Qué excusa tendremos delante de Dios? ¿Cómo esperaremos perdón de nuestra cobardía? Y más, que en las pérdidas temporales no hay el consuelo que en las espirituales; porque si dió á la costa nuestro navío y se fué á fondo vuestra hacienda, no hay quien allí luego remedie esa pérdida y naufragio. Y si las muchas aguas ahogan los panes, éisle forzoso al labrador volverse á su casa con las manos vacías. Nosotros, empero, si predicando y enseñando no somos oídos ni obedecidos, tanto recibiremos cerca de Dios como si lo fuéramos, pues no tenemos obligación de persuadir á los oyentes, sino

de aconsejarles y amonestarles lo que les conviene. No dejes de predicar y enseñar (dice el mismo Crisóstomo), hasta que se te acabe la vida, que bien empleada es la que en esto se emplea. Lo que ha de dar fin á nuestra amonestación ha de ser la obediencia y rendimiento de aquellos á quien enseñamos. El demonio nos cerca y rodea, como león rabioso, para impedir nuestra salud, no sacando para sí de este su trabajo ganancia alguna, antes aumento de sus penas y tormentos: y es tan temerario, que intenta á veces cosas que es imposible salir con ellas, y acomete no solamente á aquellos que confía derribar de su justicia, sino también á los que con probabilidad entiende ser insuperables. ¿Por ventura no estuvo atento á las alabanzas que de su amigo Job Dios predicaba? ¿No oye decir del que es hombre justo, recto, temeroso de Dios, y que se aparta de todo mal? Pues con todo porfía y espera derribarlo, y no deja piedra (como dicen) que no mueve, para que, siquiera oprimido con el peso de tantos males, pierda la paciencia: ¿y no la tendré yo haciendo la causa de Dios, esperando tan aventajado premio, y predicando á hombres que por momentos se mudan? El Apóstol San Pablo aconseja á su discípulo Timoteo que predique y enseñe á los que resisten y contradicen la verdad. Y da por razón, que por ventura en algún tiempo les dará Dios penitencia para conocerla y abrazarla, y al fin salvarse. De modo, que sin certeza de haber de aprovechar, dejándolo á lo que Dios quisiese obrar en ellos,

le exhortaba y mandaba que aún á los que le contradecían predicase siempre la verdad. Estas y otras razones, que el divino Crisóstomo juntó para animar á los que predicán, me pudieron esforzar á mí para no cansarme de comunicar de todas las maneras á mí posibles, la lluvia del cielo, que es la buena y sana doctrina, unas veces predicando, como de ordinario lo hago; otras escribiendo, y escribiendo á veces en estilo ménos humilde y más dificultoso, como están *Los Triunfos*, para entendimientos más alumbrados; otras en más llano y claro para los pequeñuelos, como lo he hecho en estos DIÁLOGOS, en los cuales el discípulo representa á los que poco saben, y el maestro á los doctos y aprovechados. Allégase á esto que las dudas que el discípulo propone son las que á todos los que tratan de oración suelen ocurrir, y que para salir de ellas se requiere maestro sabio y experimentado. Lo cual, aunque á mí me falte, no me ha faltado diligencia para escudriñar las Escrituras y leer todos aquellos autores que con satisfacción hablaron de semejantes materias, que cierto han sido muchos, y con cuidado leídos y entendidos. El título del libro también es nuevo, pero á propósito de lo que en él se trata, que es dar documentos para conocer el reino de Dios, que está en nosotros, y enseñar el orden que se ha de tener para gozar de él. De lo cual largamente trata el primer Diálogo, que á mi parecer es el mejor de todos, y el que encierra en sí lo sustancial de ellos y cuanto bueno hay escrito de vida inte-

rior: allí remito al lector, porque tratemos ahora del orden de esta doctrina. Y presuponiendo de antemano, que para la entrada y habitación en este reino espiritual y divino, á donde se halla justicia, paz y gozo del Espíritu Santo, se requieren muchas cosas; la primera de todas hallo yo que es limpieza del alma, la cual no se alcanza si no es por destierro de todo pecado. De esto y de la penitencia, que los destierra, trata el segundo Diálogo, que es muy notable, y que tiene instituciones muy saludables y de mucha sustancia. Y porque para el entrar son necesarias puertas (que no hay saltaderos ni portillos para el reino de Dios), trátase de ellas en el tercero, cuarto y quinto. El sexto continúa la materia del quinto, que es de la pasión y muerte del Hijo de Dios, y descubre muchos engaños que se ven cada día, especialmente en mujeres, que fácil y falsamente suelen trasformarse y arrojarse, y arrebatarse verdaderamente con esto la comida, el regalo y el favor de los príncipes. Habla también de aquella milagrosa transformación de nuestro Padre San Francisco en Cristo crucificado, con las condiciones de que ha de ir acompañada la meditación de sus dolores, para sentirse como conviene. Y porque hay enemigos visibles é invisibles, que defienden ó impiden la entrada á esta tierra de promisión, que de verdad mana leche y miel de consolaciones y regalos espirituales, síguese luego tratar de ellos y de los daños que hacen, y del orden que hemos de guardar para vencerlos; lo cual comienza á enseñar

este sexto Diálogo, y lo acaba el séptimo, que sin ninguna duda es de grandísima importancia, y el todo para salir con tan rica empresa, la cual alcanzada, queda por saber qué ejercicios han de ser los del que ya descubrió y posee este reino; con qué leyes ha de vivir; cómo se ha de haber sobre sí, debajo de sí, fuera de sí y dentro de sí (que estos son los manantiales y salidas que puede hacer el alma). Lo primero y segundo enseña el octavo Diálogo; lo tercero el nono; lo cuarto el último, que es la llave de todo el bien tras que andamos. Otras muchas cosas se ofrecían que poder tratar en esta conquista; mas por no hacer volumen que espantase á los lectores, sino libro tan pequeño que le pudiesen traer en la mano, sin pesadumbre, las dejé como poco necesarias, porque á la verdad he trabajado en que de las que lo son para ser uno perfecto contemplativo ninguna faltase. Recibe á lo ménos mis buenos deseos, cristiano lector, si mis trabajos no te contentaren; y si te fueren de gusto y te aprovecharas de ellos, desde ahora doy gracias á mi Señor Dios, que quiso y ordenó que fuese yo el instrumento de tu aprovechamiento y espiritual consolación. Y á tí te pido ruegos por mí á ese mismo Señor, con esperanza de que si la vida se nos prestase por más tiempo, te haré otros servicios de tanta ó de mayor utilidad. Vale.



DIÁLOGO PRIMERO.

DE LA VIDA INTERIOR Y CENTRO DEL ALMA Ó REINO DE DIOS:
DE LA HARMONÍA DEL HOMBRE Y DE LA VERDADERA INTE-
LIGENCIA DEL MANDAMIENTO DEL AMOR.

DISCÍPULO Y MAESTRO.

§ I.

DISCÍPULO. Si el desear ser perfecto fuera perfección, perfectísimo fuera yo en todo género de virtud: porque toda la vida gasto en buenos propósitos y deseos. En el estado secular fueron éstos, de entrar en Religión, donde Dios mucho se sirviese y mi alma se aprovechara. Oyólos Su Majestad, por su misericordia infinita, como suele oír los de sus pobres, é hízome uno de ellos en la profesión. Y aunque me confieso al presente falto de obras, no